

TEOGNIS⁽¹⁾

Teognis es el nombre que llevan unos 692 dísticos en la colección de los poetas elegíacos griegos. Ningún poeta elegíaco tiene más versos.

Su edad es lo primero que se busca. Podríamos, sin más, aceptar las fechas de los cronógrafos griegos y pagarnos con ellas. Estos lo hacen florecer en la olimpiada 59^o ó 58^o, esto es, en 544 ó 548 a. C. Le dicen contemporáneo de Focílides y del filósofo Terécides; y como éste era maestro de Pitágoras, la misma honra se atribuye a Teognis.

Ya sabemos que estas fechas los cronógrafos griegos las daban por conjetura. Focílides y Teognis eran, ambos, poetas gnómicos; ambos servían para la educación de la juventud en las escuelas; y sus nombres iban asociados. Si esta unión de los dos nombres fué la base única de las conjeturas de los cronógrafos, o si tenían ellos otras indicaciones, no sabemos.

Mas la crítica no se contenta tan fácilmente. Desconfiando de la cronología antigua, busca indicios que le permitan llegar a resultados más seguros, o que, por lo menos, confirmen los datos antiguos y permitan aceptarlos con mayor confianza. Los versos mismos del poeta son el campo de sus investigaciones. Pero antes hay que estar seguros de su autenticidad. Esta es, por lo tanto, la primera cuestión.

Pues estos versos no son sino una *síloge*, vale decir, una colección de trozos de varios autores. Sobre este punto no hay que dudar. Pero vayamos despacio, y con orden.

(1) Cediendo a las instancias de los alumnos de literatura griega y para facilitar sus estudios, el Dr. Capello ha consentido gentilmente que publiquemos éstas páginas en su forma escueta de apuntes para una lección.

Suidas enumera las obras de Teognis, que serían: 1º una elegía dirigida a los siracusanos salvados en el sitio: de qué sitio se trate, no lo declara; 2º sentencias en forma de elegías, en 2.800 versos; 3º una gnomología en dísticos, dirigidos a Cirno, su querido; y otros consejos exhortativos en hexámetros (*epikós*).

Mas estas mismas indicaciones de Suidas no son fundamento firme para conjeturas, a causa de las correcciones introducidas en el texto. Fabricio leía: *sentencias en hexámetros*, en 2.800 versos.

Que Teognis no escribiera sólo dísticos, resultaría de un pasaje del *Menón* de Platón (p. 95, D.). En cuanto a la última obra: *otras sentencias y exhortaciones, epikós* debía de leerse *aeikós*, porque Fabricio traduce: *en los que se encuentran muchas obscenidades*.

El significado de *epikós* es: *en hexámetros*. Harrison propone: *en lengua épica*, pero no es interpretación satisfactoria.

Si mantenemos el texto de Suidas como debía de leerse en el siglo XVIII, en las últimas obras: *la gnomología en dísticos*, y *las otras exhortaciones algo obscenas*, estaría indicado con bastante claridad lo que tenemos de Teognis.

Son 1.524 versos, en dos libros; el primero de unos 1.354 versos, y 10 sacados de varios autores que los citan; el segundo de unos 166. Pero el número no es el mismo para para todos, porque algunos no cuentan los versos repetidos. No haciéndolo, serían 1.379 versos, y el primer libro constaría de 1.220; el segundo, de 159.

El primer libro, de 1.220 versos, sería la *gnomología* de Suidas, dedicada a Cirno; el segundo, en 159, estaría constituido por las otras exhortaciones de carácter algo obsceno.

Es del primer libro, del que hablaremos en seguida.

*

El nombre de *gnomología* o colección de sentencia, le conviene hasta cierto punto.

Es una reunión de trozos distintos, cada uno de los cuales con sentido completo, pero no todos obra de Teognis. Algunos de estos trozos, o *églogas*, son de Tirteo, de Mimnermo o de

Solón, y los encontramos en los versos de estos poetas que se han conservado.

El ser tan escasos los versos de Mimnermo llegados hasta nosotros, y el entrar algunos en la síloge de Teognis, hace suponer, con razón, que si poseyésemos todos los versos de Mimnermo hallaríamos muchos más de ellos en Teognis.

Razonable es también suponer que de las 330 églogas, más o menos, no pocas pertenezcan a otros poetas, bien que ello no se pueda demostrar, por haberse perdido sus obras.

Queda por saber quién fué el compilador de la síloge. (Entiendo siempre hablar del primer libro o primera parte. También la segunda es una síloge, pero de carácter diverso). Como nadie en lo antiguo habla de síloge, no es problema poco difícil de resolver, el de conocer el autor, el tiempo y la forma primitiva de la compilación. Aunque uno acertara, la demostración faltaría siempre.

Se empieza, pues, por establecer la probable época de la compilación; o mejor, por buscar el llamado *terminus ante quem*, o sea, el tiempo antes del cual no pudo estar compuesta la síloge. Se busca, por tanto, hasta qué siglo llegan los poetas que sirvieron para la compilación.

Es evidente que también aquí estamos frente a otra puerta cerrada. Fuera de los pocos de los cuales se han conservado versos, — que se encuentran también en la síloge, — de los demás nada se puede afirmar. Pero a falta de pruebas directas, pueden servir las indirectas.

Pues bien, Aristóteles cita un verso de Eveno — poeta de la segunda mitad del siglo V — que se encuentra en la síloge. Se concluye de aquí, que en ella había trozos de poetas hasta la segunda mitad del siglo V, edad en que florecía Eveno.

Para sentir toda la vanidad de una demostración tal, basta considerar lo que presupone como cierto para ser válida. Presupone que Aristóteles no pudo equivocarse; y esto lo admitiremos. Presupone que Eveno no haya podido tomar de Teognis el verso; y esto nadie lo admitirá, tanto más si se tiene en cuenta que Teognis era uno de los poetas más usados en las escuelas como textos de lectura, y que el verso citado es un *refrán*, un proverbio:

Todo lo que se hace por fuerza, es molesto.

He aquí otra conclusión más, a que se llega partiendo de éste y otro hecho semejante. Aristóteles cita el consabido verso de Eveno, que es el 472 de la síloge, y lo cita como de Eveno, y menciona, además, dos versos sin nombre de autor, escritos sobre la pared del propíleo del templo de Latona en Delfos; estos dos versos son el 255 y 256 de la síloge. De existir ya ésta, Aristóteles habría dicho que aquellos versos eran de Teognis. Se concluye afirmando que la síloge no existía aún en tiempo de Aristóteles.

No me detengo en poner de relieve la endeblez de tales pruebas. Quizá tendrían alguna apariencia de probabilidad, si estuviéramos ciertos que la síloge fué compuesta toda de una vez, y permaneció luego tal cual.

Tratándose de una colección de trozos. ¿quién prohíbe pensar que cada cual, al copiarla para su uso, no agregara otros trozos, y que la síloge fuera aumentando? Pero admitamos la síloge y admitamos que se remonte poco más o menos a la edad de Isócrates y de Platón (por qué fijo esta edad, y no otra cualquiera, lo diré después).

Admitida, pues, según dije, la síloge, nace otro problema: el de saber por cuál motivo se le diera el nombre de Teognis. Una síloge era la corona de Meleagro; pero se titulaba *Corona de Meleagro*, y no con el nombre de uno de los poetas de la colección. Y he aquí otro problema: el compilador tomó trozos de Teognis y otros poetas; ¿qué forma tenían las poesías de Teognis? Es de presumir que el silógrafo tratara a Teognis como a los demás, y que éste compusiera un libro de elegías, de las cuales el autor de la síloge sacara los trozos que convenían a su propósito. Es la idea que da Müller: « Cuando es- » tuvo de moda extraer de los poetas las observaciones gene- » rales y las sentencias, se desechó de Teognis todo cuanto li- » mitaba sus elegías a circunstancias particulares y que tenía » carácter individual, y se compuso de este modo aquella gno- » mología, o colección de sentencias, que después de muchas » revisiones e interpolaciones de fragmentos de otros poetas. » existe aún. » Si se acepta este concepto, se habrá de pensar que se hizo primero una colección de fragmentos, todos de

Teognis — y esto explica por qué la síloge lleva su nombre — ; y que después esta primitiva compilación se alteró con intercalar trozos de otros poetas. La idea de Müller tiene la ventaja de ser clara. Ese gran hombre, cuando habla, tiene algo que decir.

*

Queda, empero, por ver si la idea de observaciones generales y sentencias convenga a los trozos. Pues bien, si muchas églogas, sobre todo las más breves, pueden considerarse como *sentencias y observaciones generales*, muchas otras, y son las más importantes, no se pueden comprender cómodamente bajo tal título.

Mas la existencia de elegías de Teognis por el estilo de las de Mimnermo y Solón, compuestas para una circunstancia dada, es mera hipótesis. Se añade que estas elegías estaban compuestas para los banquetes, y ello se argüiría de los versos 239-40. Se hizo la síloge, dice Fracccaroli, no para los convites únicamente, ni para las escuelas, sino *para la vida*; lo cual es como decir que se hizo sin ningún objeto.

Admitidas las elegías o colección de elegías enteras, de las cuales la síloge no contendría sino trozos, surge otro problema: el de saber por qué y cuándo la obra original de Teognis se perdió, quedando en su lugar la síloge.

Otro problema es determinar cuáles de las *églogas* son de Teognis. Se cree poder demostrar que a él pertenecen casi todos los 200 primeros versos. Se han buscado con diligencia en todos los escritores antiguos hasta Aristóteles, los versos citados por los escritores antiguos hasta Aristóteles, los versos citados como de Teognis, y todos, excepto uno solo, se encuentran en los 200 versos referidos. Esta es la parte positiva; la negativa es que los fragmentos hallados en los otros poetas, uno solo, de Solón, se encuentra en aquellos versos.

Teognis estaría en la síloge como un cometa, con el núcleo en los 200 primeros versos y la cola en los demás.

He insistido algo más de lo necesario, para dar idea del método. Tan serio y profundo parece todo esto, y no es más que ruido.

La manera de citar un verso, por lo mismo que puede depender de muchas causas, no puede servir para demostrar nada. Aristóteles, cita, *áriston men húdor* («óptima es el agua»), con las palabras: «Y por eso se dice»: *óthen légetai*; y, sin embargo, son las primeras palabras de la primera oda de Píndaro. ¿Se habrá de deducir de esto, que aquella oda aun no formaba parte, en tiempo de Aristóteles, de las poesías de Píndaro?

Harrison, en sus estudios sobre Teognis, obra diligente, sostiene que el autor de la síloga es el mismo Teognis, y que llegó a nosotros casi tal cual salió de las manos del poeta. Pues esta que parece una tesis extravagante, puede que sea la más cercana a la verdad.

El mismo Teognis, después de las invocaciones de costumbre, pasa a proponer el tema de su obra. Como toda la demostración estriba en estos versos y los de la égloga anterior, traduciremos al pie de la letra las palabras de Teognis, que suenan:

«*A ti, yo, porque te quiero bien aconsejaré, (upothésomai) esto es, daré consejos, tales cuales precisamente (oía per) yo, Cirno, los aprendí de hombres buenos siendo muchacho.*»

Quiere decir que se propone dar a Cirno los consejos que recibió él, cuando muchacho, de sus maestros, y dárselos en la misma forma precisamente en que los aprendió. Tal es el significado de *oía per*.

Pues era costumbre enseñar a los muchachos la moral; sirviéndose para el objeto de los versos de algún poeta. Así como la había aprendido Teognis cuando niño, esto es, con los mismos versos con que la había aprendido, entiende comunicársela a Cirno. Este es el sentido cabal de aquellos versos.

No quiere decir *los consejos que me han dado a mí, cuando aun era muchacho, te los daré a ti*; es al modo de darlos a lo que Teognis se refiere: *oía* es relativo de calidad reforzado por *per*; equivale, pues, a un adverbio: *del modo mismo precisamente*. La forma en que los recibió es la que quedará la misma.

Véase que no hacemos sino ceñirnos a la letra del texto:

«Te repetiré en la misma forma lo que aprendí yo, muchacho». ¡A esas las llaman sutilezas!

Pues nacen muchas cuestiones precisamente por no reparar en tales sutilezas. No se repara por la inercia del pensamiento, que arrastra por sus *camínos habituales*. Es tan común decir: «¡te enseñaré lo que aprendí yo cuando niño!» Pero Teognis dice: quiero dar a mis consejos la *forma misma con la cual los aprendí yo cuando niño*. He aquí explicado cómo se encuentren trozos de Solón, de Mimnermo o de Tirteo; y explicadas, asimismo, las alteraciones que estos trozos han sufrido. El los trae como los había aprendido.

Si es así, entonces, — se dirá, — la obra de Teognis no debía de ser sino una colección de versos ajenos, él no entendía poner nada suyo. Falso. Es que antes de esta égloga hay otra, y en ella se indica la parte de la síloge *que es de Teognis* y la manera de conocerla.

Examinemos ahora esta égloga, traduciéndola sin más según se ha de entender, sin dar razón de cada palabra, aunque para cada interpretación, además del diccionario y la gramática, están los autores más competentes. La exactitud de la interpretación, sí la garantizo; juzguen pues ustedes:

«*Cirno, quede puesto como mi sello, cuando compongo yo, en los siguientes versos*». Dice: *Cirno*, y después sigue: *quede puesto como mi sello*, y se ha de entender por sello este mismo vocablo *que pronuncio*, es decir, el vocativo *Cirno*. Y así lo entendieron y entienden todos menos Fraccaroli, que se indigna de tal interpretación: El traduce: *Cirno, l'ho ben trovato io il sigillo da porre a' miei versi*. Pero el bueno de Fraccaroli el sello él no lo ha encontrado.

Tan arraigada está la prevención de que se trata de una síloge, y de una síloge hecha *por otro*, que aun los que interpretan exactamente estos versos, no saben después sacar conclusiones.

Es evidente, pues, que Teognis piensa en una obra que consta, en parte, de versos por él compuestos, y en parte de versos aprendidos de muchacho, versos de otros poetas; y para distinguir los suyos, dice: *quede como mi sello* «Kúrne», el vocativo Kúrne. Y, en efecto, vemos que la síloge contiene 70 églogas o trozos con el vocativo *Cirno*; y 4 con el vocativo

Polípaides (hijo de *Pólipa*: «el rico»), es decir, otra vez *Cirno*. Las demás no tienen este vocativo; no tienen el sello, y, por lo tanto, no debemos considerarlas como de *Teognis*.

Sigamos traduciendo la égloga:

«... y de ningún modo (sigue diciendo) *pasarán inadvertidos siendo tomados de otros*». Esta traducción no necesita defensa, porque es la única que dan el léxico y la gramática. Y, sin embargo, interpretan:

«... de este modo (de, no puede significar «de este modo»), *si alguien los roba, no podrá quedar escondido*»; vale decir: «*el hurto será descubierto*».

Se presta a *Teognis* un concepto absurdo; e introdúcese la idea de plagio, habitual hoy, pero tan lejos de las ideas de entonces y fuera de propósito.

Si *Teognis* hubiese entendido tal cosa, se habría expresado así:

Lései d'ouíote kleptómenos: «no los robaría uno *sin ser descubierto*».

Los versos que siguen, dice *Teognis*, si son míos, *llevarán el sello*, y si son de otros poetas, *se conocerán* por no tener marca, no tener sello. Ni podía decir otra cosa. El *sello* se puede suprimir fácilmente y la mercadería robada no se reconocerá. Tan evidente es que *kleptómena* es antítesis de *sophizoménô*, hasta por la *posición* de las palabras, que sólo la prevención no permitió advertirlo.

Ni menos equivocada es la interpretación del verso que sigue. El sentido del mismo, según la gramática, es éste:

«... y *nadie confundirá lo poco bueno con lo bueno que le está delante*».

Es un símil tomado de los compradores. Si están puestas delante de un comprador las mercaderías de primera calidad y de segunda calidad, no siendo él conocedor, se equivocará fácilmente y tomará una por otra. Pues llevando lo que es de *Teognis* su marca, la confusión no será posible. Prueba de que se trata siempre de una exposición de versos de *Teognis* y de otros poetas; si no, ¿para qué servirá la marca?

Fraccaroli, siempre con el pensamiento en el plagio, traduce:

«*Nè ci sarà chi muti peggiorando ciò ch' é fatto bene*».

¿Y si lo cambiara? Puesto que el ladrón, vende por suyas la mercadería, ¿qué le puede importar a Teognis que la empeore?

El poeta continúa:

«... de este modo cualquiera dirá: de Teognis son versos, el de Megara.»

Hay otro medio verso, que traducen: *celebrado entre todos los hombres*. Para traducir así *celebrado*, debería, como aposición, estar en genitivo: *Theógnidos... onomastoû... de Teognis... el celebrado... Teognidís celeberrimi*, y no *celeberrimus*. Es que aquí se pone fuera de lugar un punto; suprimiéndolo todo se aclara y vuelve razonable.

«De este modo cualquiera dirá: «de Teognis son los versos, » el de Megara». Pero yo, entre todos los hombres celebrado, » a todos los ciudadanos no puedo agradar. No es de extrañar, » Polipaidés, porque ni Zeus a todos agrada, ni cuando envía » la lluvia ni cuando la detiene.»

La supresión del punto es propuesta por Bergk e Hiller; pero, a pesar de su evidencia absoluta y de la antítesis: *entre todos los hombres y todos los ciudadanos*, no se crea que la corrección sea aceptada por todos. Aunque el punto se leyese en todos los códices, ¿qué importaría? Sabemos que la puntuación no se introdujo en Grecia sino unos tres siglos después de Teognis.

*

Me parece, pues, que de las mismas palabras de Teognis resulta que la obra compuesta para Cirno constaba de versos suyos, y versos que había aprendido desde muchacho, de sus maestros. Lo que no sabemos es cuánto la síloge que poseemos difiere de la primitiva de Teognis. Que difiere resulta de encontrarse en Ateneo, por ejemplo, un dístico con el sello, esto es, con el vocativo *Cirno*, el cual no lo hallamos en la síloge. Esto hace sospechar que también versos de Teognis se hayan suprimido; que la síloge de Ateneo era más abundante que la actual.

Pero hay otro criterio: y es que los versos han de tener el carácter de preceptos y consejos, aunque Teognis no define

los suyos con ningún carácter especial. Las églogas que no se avienen de ningún modo con este concepto, se podrían entonces considerar como añadidas.

Según Cursio, Geysó y otros, Teognis compuso una gnomología; y ésta fué la que sirvió, según ellos, a un compilador posterior, hasta el verso 757. Y, en efecto, la cosa parece evidente. Con el verso dicho empieza como otra síloge, mientras la égloga anterior es claramente una *conclusión*. Véase:

«Según, pues, estas enseñanzas, amigo querido, procura
» hacer fortuna, pero con justos medios; siendo prudente, y
» absteniéndote de supercherías; nunca, olvidando mis versos.
» Si obedecieras a mis cuerdos consejos, día vendrá en que me
» alabarás.»

Aquí tenemos un final. Desde el verso 757 en adelante, seguirían trozos de elegías simposíacas, entre las cuales encontramos, aunque más raramente, églogas con el nombre de Cirno, tomadas de la primera parte y puestas aquí para que todo se creyera de Teognis. Según Studemund, desde el verso 933 empezaría otro florilegio; puede esto admitirse, con tal de que nadie salga aún pretendiendo descubrir otros florilegios.

En cuanto a la segunda parte, de las 44 églogas que la componen una sola lleva el nombre de *Cirno*. Las demás, o no tienen vocativo, o tienen el vocativo *ô paî*. Según Welcker, estos dos vocativos serían equivalentes. Kúrnos significaría *muchacho, niño bien; Polipa* (de donde «Polipaidés»), *hombre rico*. Teognis, pues, se dirigiría no a un muchacho Cirno, sino a los muchachos de buena familia, en general. Mejor es tomar Cirno como un nombre propio.

La segunda parte, por su carácter — dicen — (trata de amores a la griega), no puede ser de Teognis; porque la idea que los antiguos se formaban de él, y que debía resultar de todos sus escritos, es la que se lee en Isócrates, el cual le pone, con Focílides y Hesíodo, entre los poetas más morales. Pero esto se verá después.

*

Así conocida la obra de Teognis, podemos servirnos de ella en las cuestiones sobre su patria y edad. Las églogas que llevan

el nombre de Cirno las consideraremos como genuinas; las restantes no tendrán valor. Adoptando esta medida, muy poco tendremos que decir; la carretera de las charlas, como dice Píndaro, se nos cierra. Por eso algunos eruditos, al llegar aquí, tratan de demostrar que también muchos otros fragmentos pueden ser de Teognis, y, sobre todo, los de que necesitan para llenar el volumen.

Hay otra consideración, y es que aunque nada seaprezca menos a un poema que esta colección de trozos, sin embargo con ciertos caracteres exteriores el autor quiso darle apariencia de poema. Así, vemos que tiene en principio *su invocación*; sigue algo como una *prótasis*, que son los versos examinados, y, al fin, una conclusión. El nombre de Cirno en la invocación no podía caber; y es absurdo exigirlo en este caso. Pero hay aquí, asimismo, algo singular, y es que las invocaciones son cuatro, dos a Apolo, una a Artemis y una a las Musas. A mí esto no me parece natural; y sospecho, por tanto, que no debía de haber más de una: la invocación a las Musas, y que las otras le han sido antepuestas (una sobre todo, la de Artemis) por alguna particular razón que veremos más abajo.

Si, pues, tenemos todo en cuenta, y volvemos a las fechas dadas por los cronógrafos, que hacían florecer a Teognis en 548 (Euseb.) o 544 a. C., y nacer en 590 ó 580 a. C., observamos que los versos 840 y siguientes, presuponen que floreciera antes de la caída de los Cipsélidas, tiranos de Corinto, quienes dominaron, Cipselo, el fundador de la tiranía, desde 657 hasta 629, y Periandro, su hijo y sucesor, hasta 585. Los Cipsélidas fueron expulsados definitivamente en 582.

Estas son las fechas admitidas hasta ahora. Advierto, empero, que ellas han sido hoy impugnadas, como veremos al tratar de otros poetas más adelante, y que se sostiene que Periandro hubo de vivir hasta 540, por lo menos. Si se acepta tal opinión, entonces Teognis podía florecer en 548 ó 544 a. C., y desear, entonces, la caída de los Cipsélidas.

El fragmento v. 890 y siguientes, no se opone a la cronología teognídea dada por los antiguos; opónese tan sólo si se admite el fin de los Cipsélidas en 582. Dicho fragmento suena:

« ¡Ay de mí! qué gran pereza. Pereció Cerinto, y la llanura del Selanto, rica en viñedos, se está talando. La gente de bien está en el destierro, y la canalla gobierna la ciudad. ¡Ojalá aniquilara Zeus la raza de los Cipsélidas! »

Se colige de estos versos que su autor era de Eubea: Cerinto era *un castillo* de Eubea; la llanura del Selanto era la de Calcis, en Eubea, por donde pasa el río Selanto. Los que admiten que los Cipsélidas cayeron en 582, para salvar estos versos a Teognis, con vana erudición se esfuerzan en demostrar que la imprecación: « ¡Ojalá aniquilara Zeus la raza de los Cipsélidas! », es una frase proverbial. Mas tales esfuerzos no producen otro efecto que hacer desconfiar de la razón misma, y despreciar la erudición histórica.

Dije que el autor era de Eubea: y Cursius opina que sea un fragmento de ciertas elegías colquidenses, de que se habla en algunos autores. Para nosotros no vale nada, puesto que carece de la marca. Podría argumentarse que estos versos no se encontraban en la síloga en la época alejandrina, porque los eruditos las habrían aprovechado para fijar la edad de Teognis. Los cronógrafos alejandrinos ponían la caída de los Cipsélidas en 582.

En otros versos se alude al peligro o amenaza de una invasión persa, y precisamente a la de Jerjes en 480, porque se habla de la discordia de los griegos, que será causa de su ruina. El autor del trozo es de Megara sin duda, y lo demuestran los primeros versos. De ser Teognis, resultaría que florecía hacia 480. Aquí también, para salvar la fecha tradicional de 544, los eruditos hacen otro esfuerzo y pretenden demostrar que un peligro *persa* existía asimismo en 544, cuando Arpago, general de Ciro, asaltó a los jonios de Asia. Pero esto sólo prueba que cualquier apariencia de razonamiento les basta a los eruditos.

El fragmento empieza por el verso 773 y es la 3ª égloga de aquella colección de elegías simposíacas que fué añadida, según Cursius, a la obra de Teognis. No llevando el vocativo *Cirno*, para nosotros no vale.

Sin embargo, queda la dificultad de saber a quién se puede atribuir, porque no hay memoria de poetas elegíacos, de Megara Atica por supuesto, sino de Teognis.

También en el fragmento que empieza por el verso 757 se habla de la guerra de los medos; pero éste tampoco lleva el sello.

Con respecto de la edad, no hay, pues, versos seguramente genuinos en la síloge que obliguen a desechar la fecha tradicional. Pero hay otro dato relativo a ésta. De él sólo habla Suidas. Dice que Teognis dedicó una elegía a los siracusanos salvados en el sitio. De qué sitio se trate, no lo dice. De los sitios de Siracusa no se conoce ninguno anterior al de 414. Este no puede ser el indicado por Suidas. Siracusa fué libertada del sitio, por Gilipo. Una expresión como la de: «siracusanos salvados en el sitio», no puede convenir a uno del cual se salvaron todos los siracusanos, triunfando de sus enemigos.

Los eruditos, empezando por Müller, corrigen el texto, cambiando el orden de las palabras, y entienden que Teognis dirigió una elegía a los megarenses que sobrevivieron al sitio puesto a Megara por los siracusanos.

Hacia 483, Gelón, tirano de Siracusa, sitió a Megara H. blea, y, apoderándose de la ciudad, llevó a Siracusa los ricos, haciéndolos ciudadanos, y mandó vender al pueblo como esclavo. Es a estos ricos a quienes se dirigía Teognis. Pero una conjetura basada sobre determinada alteración de un texto, no satisface a nadie. Si el hecho de la elegía fuese cierto, entonces cualquier hipótesis sería admisible. Mas cuando un dato sólo se lee en Suidas, no se le suele dar gran valor, a causa de sus continuas equivocaciones.

FRANCISCO CAPELLA.

(Concluirá.)